

"Que vuestro homenaje a Illich no se convierta en una adoración hacia su persona. No construyáis monumentos, no organicéis ceremonias conmemorativas... Cuando vivía, nada de eso tenía importancia a sus ojos, estaba convencido de su vanidad...".

Más vana todavía resultó esa petición de Nadia Krupskaya Lenin, tras los funerales de su marido, publicada en el "Pravda" del 30 de enero de 1924. Tras la imagen groseramente magnificada del muerto embalsamado en el Kremlin, Henri Guillemin ha querido reencontrar el rostro de un vivo. En este momento en que está de moda, entre los historiadores, el acusar a Lenin de todos los crímenes del stalinismo, este retrato, trazado por el más iconoclasta de los biógrafos, puede parecer un intento de rehabilitación.

Se trata, ante todo —así lo afirma Guillemin—, "de un intento de aproximación a ese 'hombrecillo' de barba breve, 'de pie en el viento de la Historia' y que cambió el mundo".

Un historiador contemporáneo, Alain Besançon, dijo de Lenin que no existía: lo que quería significar realmente es que Lenin carecía de "ego", que su armadura doctrinal sustituyó en él a toda vida interior, que Lenin estaba entero en su teoría y su acción; que no había nada debajo. "Bajo esa superficie, la profundidad inquietante de la nada". (Palabras, por lo demás, chocantes.) Difíciles de creer. Si Vladimir Ilich Ulianov no hubiese sido lo que era, no habría hecho lo que hizo. Pero es cierto que se interesaba poco por su propia persona, que se esfumaba, que trataba al menos de esfumarse tras su trabajo. Procuraremos, sin embargo, vislumbrar, en la medida en que sea posible, su identidad de hombre.

Miro esta foto de familia para la que posaron, en 1879, como solía ser costumbre entonces en la buena sociedad, el señor y la señora Ulianov, rodeados de sus seis hijos. Observemos antes que nada que Lenin parece justificar bastante mal la idea marxista de que no es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino su ser social el que determina su conciencia. El "ser social" de Lenin pertenece a un medio burgués; el padre, que terminará ennoblecido, fue inspector primero y luego director de enseñanza primaria para la provincia de Simbirsk; la madre es de "fami-



Vladimir Illich con su esposa, Nadezhda Krupskaya, y dos niños de la familia, en una foto de 1922.

LENIN Y LAS ESTRELLAS

HENRI GUILLEMIN

lia bien", copropietaria, por herencia, de una hermosa hacienda en Kokuchkino. Como Bakunin o Kuchukino, Lenin no era de origen proletario.

En la foto de marras, el pequeño Vladimir —Volodia para los suyos— apoya el codo derecho en la pierna izquierda de su padre, que aparece majestuoso, calvo y barbudo, derecho, con la mano en la levita, al estilo Napoleón, la chistera sobre sus rodillas juntas. Tiene un aspecto muy poco eslavo esta familia: el padre es un kalmuk, de Astrakan; la madre, que se apellidaba Blank de soltera, es alemana y probablemente judía o medio judía, aunque su religión sea la luterana. Creyentes ambos. Volodia, nueve años, parece un muchachito sensato, serio y dulce: un buen hijo.

En la otra fotografía que poseemos de su juventud tiene ocho años más. Su aspecto ha cambiado un tanto, es natural: su nuevo rostro refleja como cierta violencia. En la boca parece dibujarse una mueca. El adolescente ha rechazado finalmente la fe que sus padres trataron de inculcarle; un día se arrancó violentamente la medalla que su madre le había regalado para que la llevara siempre al cuello. ¿Data esta segunda foto de después de la tragedia de mayo de 1887? En todo caso, es posterior a ese mes de enero de 1886 en que su padre desapareció, a los cuarenta y seis

años, víctima de una hemorragia cerebral. La tragedia de 1887 es la ejecución en la horca de su hermano mayor, Alejandro, estudiante en San Petersburgo, "populista", acusado de haber participado en los preparativos de un atentado dirigido contra el Zar.

Los Ulianov fueron siempre generosos con los demás. El padre, nacido en medio de la pobreza, optó por ingresar en la enseñanza primaria, lo que suponía una notable dosis de abnegación; y he ahí que el hijo mayor se compromete y pierde la vida en un esfuerzo secreto, peligroso, desinteresado. Una de las hijas, Olga, morirá en 1891, mientras se dedicaba al cuidado de los típicos durante la gran epidemia de hambre; las dos hermanas que quedan, Anna y Marfa, seguirán a Volodia en su empresa revolucionaria. La madre, aunque angustiada, no se opondrá a los proyectos de su segundo hijo, pero suplicará al cielo que le proteja mejor que al mayor. Volodia no quiso ser ese "gentleman farmer", ese barón en que ella había soñado por algún tiempo convertirle. Abogado en Samara, renunciará, sin embargo, a esa profesión para irse a vivir —como su hermano, ¡ay!— a San Petersburgo, entre los clandestinos y los rebeldes. La madre no le suplicará que abandone ese camino horrible que acaba de emprender. Aceptará su decisión. Y le ayudará hasta el final.

Podemos imaginarnos sin caer en lo novelesco los efectos que sobre Vladimir Ilich tuvo la suerte de su hermano: Sabía con toda seguridad, a través de su madre —toda la familia estaba pendiente de esa última esperanza como de un hilo—, que Alejandro tenía una oportunidad de escapar a la muerte si dirigía una súplica al Zar. Como hijo de noble, tenía derecho a hacerlo. Colocado ante la horca, Alejandro no quiso rebajarse a ello. Evitemos a este respecto cualquier desarrollo patético. Que yo sepa, Lenin no evocaba jamás esas horas ni el peso que pudieron ejercer sobre su destino. Por el contrario, nunca se preocupó de ocultar la influencia de la obra de Chernychevsky, del que tomó prestado el título de su folleto de 1902: "¿Qué hacer?".

Estamos en 1888, Vladimir quiere ser expulsado de la Universidad de Kazan como agitador. Se le confina en Kokuchkino, donde, después de haber leído la primera traducción al ruso de Marx, descubre, en la biblioteca de su abuelo materno, los fascículos de la revista en que Chernychevski publicó su novela, cuya aparición en forma de libro no será autorizada hasta 1905. Es la historia, escrita con pasión, de un joven llamado Rajmetov, que decidió consagrar toda su fuerza e inteligencia a la batalla contra la opresión y que se impone a sí mismo una vida ascética.

LENIN Y LAS ESTRELLAS

Cinco veces en el transcurso de un año, el decimotercero de su vida, leerá estas páginas el rebelde Ulianov, tras haberlas devorado una primera vez. Se ha dicho que imitó a Rajmetov. Sin embargo, ama la vida; hay en él "una ferviente energía"; realiza largas marchas, ejercicios, paseos en bicicleta; practica la natación. Exiliado en Siberia, deslumbrará a los chavales de Chuchenskoye con sus ejercicios de patinaje. En la primavera de 1914, Lenin se deja ver en los Cárpatos, empuñando un bastón de alpinista. En septiembre de 1915, en Sulza, escalará el Rothhorn y en su cumbre, a pleno sol, se echará una siesta de una hora, en medio de la nieve. No lo hace por simple placer deportivo, sino también para mantener su espíritu alerta y disponible en todo momento.

Transcurrirán largos años, durante los cuales no podrá actuar más que a través de libros, artículos, conversaciones, o mediante la participación en los congresos del partido, en la lucha contra los mencheviques. Lenin (firma con ese nombre a partir de 1901), muerto a los cincuenta y tres años —también él, como su padre, de "ataques" cerebrales—, no llegó al poder hasta los cuarenta y siete. Antes, un interminable, prosaico y obscuro tesón: "L'Humanité" no señala ni siquiera su presencia en el congreso de la Internacional, en Estocolmo. Una tenacidad inasequible al desaliento, aunque no le faltarán motivos para ello. Durante la guerra sobre todo, después de la traición del socialismo oficial en Francia y Alemania, cuando nadie o casi nadie quería comprender lo que era evidente que había que hacer, y hacerlo con urgencia, cuando incluso los mejores, como Rosa Luxemburgo, defienden esa absurda "guerra a la guerra", que salvaría, en una paz blanca, al zarismo y a todos los Gobiernos de explotadores.

Y él, mientras tanto, gastándose, inútil, en Berna, en Zurich, donde acude diariamente desde su humilde vivienda a las bibliotecas, con su sombrero hongo reluciente por el desgaste, su gabán medio raído, sus zapatos guarnecidos de hierro, y el capazo, siempre lleno de libros y papeles, colgado de la muñeca. En La-Chaux-de-Fonds, donde debe tomar la palabra, el 17 de marzo de 1917, con motivo de la conmemoración de la Comuna, empiezan por no dejarle entrar en la sala: ¿es esa especie de mendigo el orador ruso a quien se espera? A sus treinta años, en 1900, Lenin tenía un cierto parecido al joven Verlaine, con su rostro enjuto y su barba en punta y poco poblada. Hay de él una foto, fechada en 1914, en que aparece una cara más rellena, aunque la barba, más



Lenin, en la época de la huida a Finlandia.

corta pero también más espesa, le come las mejillas; esta vez uno pensaría más bien en Zola, en la mirada triste de Zola.

Pero hay otra imagen, sorprendente, que data de 1910. Lenin se ha afeitado la barbilla; lleva un bigotillo bien perfilado; cuello duro alto, chaqueta nueva; los ojos le centellean; parece un mozo pletórico de salud, relajado. Uno diría que la foto corresponde a la época de su encuentro con Inessa, Inessa Armand. Solzhenitsyn no es el único en creer que Inessa turbó profundamente a Lenin. También lo creyeron, antes que él, Alejandra Kollontai y otros muchos. Fue efectiva-

mente en 1910 cuando la conoció por vez primera. El tiene entonces cuarenta años; ella treinta y cinco, aunque parece no pasar de veinticinco. Hermosísima, con un cuerpo espléndido a pesar de sus cuatro hijos, desbordante de vitalidad, comprometida a fondo con el partido; bolchevique insobornable, valiente, llegó a participar activamente en las calles, en la insurrección de Moscú de diciembre de 1905, lo que le costó la cárcel y la deportación.

En 1910, Nadia Krupskaya, con la que Ulianov se había casado en 1898 (él tenía entonces veintiocho años y Nadia veintinueve), ha perdido su belleza. Porque es cierto que había sido hermosa, digan lo que digan. Muchos dicen, en efecto, que carecía de encanto, que no era demasiado avispada. Inessa es rica; Nadia, pobre; aunque hubiese querido cuidar la propia belleza, no tenía los medios necesarios. A los cuarenta y un años, obesa y delicada de salud (tres años más tarde en Berna, la operarían de bocio), Nadia ha llegado a la menopausia; su estado de ánimo es, pues, bien sombrío, su conocimiento del francés, insuficiente, lo que le provoca pequeñas humillaciones en las tiendas donde va a comprar.

Rappoport conservará el recuerdo de un Lenin fascinado, incapaz de apartar la mirada de aquella francesa, exuberante, en la "escuela de cuadros" para el partido que Inessa y él fundaron en Longjumeau. Alejandra Kollontai cuenta que Nadia quiso esfumarse, ante la presencia de Inessa, pero que Lenin

le dijo que se quedase. ¿Qué sabía exactamente la Kollontai? Resulta difícil creer en ciertas confidencias de Nadia, mujer poco locuaz, más bien dada al secreto. Hay un hecho innegable y es que Lenin mostró hacia Nadia una ternura jamás desmentida. Como vivían juntos, no tenían necesidad de escribirse, hecho éste que explica la ausencia de cartas a Nadia en la "Correspondencia" de Lenin. Hay una excepción, en julio de 1919: los esposos tienen respectivamente cuarenta y nueve y cincuenta años. Nadia baja el Volga a bordo del "Krasnoye Zvezda", barco de propaganda. Lenin le pide que le envíe cartas más frecuentes; él está demasiado ocupado, que le mande al menos telegramas: "Un abrazo muy fuerte".

Dos cartas importantes de Lenin a Inessa, en enero y febrero de 1915. La joven quería escribir a favor del "amor libre". Lenin lo desaprueba. Ella encuentra "sucios" los besos entre esposos que ya no se aman, y hermosos, por el contrario, los que se prodigan los amantes, aunque la suya sea una relación efímera. Lenin contesta: tiene razón Inessa en su crítica, pero esté equivocada en cuanto a lo que admira; los amores efímeros no son el amor. Inessa no insiste y renuncia a hacer su apología. Lenin está contra la idea "anarquista" de hacer del amor un acto tan inocente y placentero como el de beber un vaso de agua: "Considero la teoría del vaso de agua antimarxista y antisocial". Y añade: "Desconfío de quienes están hipnotizados por el sexo y para los que la cuestión so-



Vladimir illich se dirige a sus compatriotas en Moscú.



Lenin, en el centro de la cuarta fila, en el congreso de mineros (1921).

cial no sería más que un corolario del problema sexual". Seguramente Wilhelm Reich le habría irritado profundamente.

Que Lenin se sintiese profundamente turbado por Inessa Armand es algo que me parece fuera de dudas, como también el que la haya amado profundamente. La madre de Nadia, que vivió siempre, desde 1900, en casa de su yerno (murió en Berna en 1915) habría odiado a Inessa con toda seguridad, de haber visto en ella a una intrusa, a una enemiga de su hija. Pero siempre la recibía con alegría. Y Nadia escribió de su propio puño y letra un texto, "En memoria de Inessa Armand", donde podemos leer: "La casa se iluminaba cada vez que entraba Inessa". Alejandra Kollontai, al igual que ese testigo innominado cuyas palabras recoge Nina Gurfinkel, describen a Lenin en los funerales de Inessa, muerta de cólera en 1920; Ilich estaba lívido, con los ojos cerrados; estaba encogido de hombros, su figura parecía empujueñecida. ¿Un desalmado, Vladimir Ilich Ulianov? ¿Extraño el drama de vivir? ¡Vamos! Inés ha formado parte de sus renuncias.

Son mil detalles desconectados entre sí que se acumulan en mi investigación y que utilizo en mi intento de aproximación al "hombrecillo" de barbita pelirroja y gris, ese hombre "de pie en el viento de la Historia" (Luis Althusser) que cambió el mundo.

Un apasionado que cree con firmeza en lo que dice y que no siempre se controla. En una carta dirigida a Inessa Armand, se disculpa por la "acumulación de palabrotas" en su epístola donde lo esencial, la Causa, está en tela de juicio. El querido Henri Lefebvre dice de su

crítica que "es siempre cordial"; basta, sin embargo, abrir su "Materialismo y Empirio-crítica" para juzgar lo acertada o no de esa afirmación; difícilmente se puede superar a Lenin en el manejo del desprecio, el escarnio o el insulto.

Cuando en la primavera de 1917, después de la abdicación del Zar, Lenin trata febrilmente de llegar a Rusia, piensa primeramente en hacerse pasar por un sueco sordomudo; Nadia objeta riendo que corre el riesgo de quedarse dormido durante el viaje, que se le aparezcan entonces, en medio de una pesadilla, un puñado de "desviacionistas" y se ponga entonces a gritar —ella le conoce bien— "¡Malditos!", "¡Canallas!".

Solzhenitsyn se equivoca, sin embargo, cuando afirma en su "Lenin en Zurich": "Jamás perdonará, no podrá nunca perdonar un error mientras viva". No es cierto. Perdona a Bogdanov como perdona a Lunacharski; lamenta los reproches de Rosa Luxemburgo, tras la dispersión de la Constituyente, pero no por ello la maldice; no persigue ni a la Kollontai ni a Chlupnikov por su "oposición obrera" que él ha frustrado; perdona a Maria Spiridonova, que se levantó contra él en 1918, y sustituye su condena a muerte por un año, simbólico, de cárcel; y a Martov, que se opone al terror, Lenin le ayudó a huir. Lenin sabe lo que es equivocarse de buena fe; es algo que también le ha pasado a él, en su política rural, y lo ha reconocido públicamente, lo que no es habitual, tratándose de un jefe de Estado. "Es más grave —afirma— empecinarse en un error que cometerlo".

Un hombre, Lenin, expuesto a otorgar con demasiada facilidad su

confianza: así le ocurre en 1905 con Gapon, el dirigente del 22 de febrero, que se pasará a la Ojra. O con Malinovski, el hermanastro, espía, diputado bolchevique en la Duma, que informará a la Policía. Lenin se niega a escuchar las advertencias de Bujarin, al que insulta por sus indignas sospechas; ni siquiera el escándalo de la obligada dimisión de Malinovski disipa las ilusiones de Lenin: le cuesta tanto imaginar ciertas dimensiones de la vileza humana.

Malinovski, movilizado, fue capturado por los alemanes en el frente, y Lenin, a pesar de sus privaciones personales, le envió algunos paquetes desde Suiza. Sensible a los infortunios, el joven Ulianov, en Simbirsk, defendió, protegió a un alógeno, víctima del racismo "pan-ruso". Durante sus catorce meses de "prisión preventiva" (diciembre de 1895 a febrero de 1897), habla a su madre de un prisionero abandonado y le ruega que le envíe también, como le manda a él, víveres, objetos útiles, lecturas.

En Chuchenskoy, en el exilio, da consejos legales (gratuitamente; claro está) a los campesinos en sus procesos; sus conocimientos jurídicos deben ser útiles para algo. En París, el georgiano Kamo, bandido político autor del golpe de 1905 (350.000 rublos destinados al Banco de Tiflis, robados y entregados al partido), acosado, acude a verle, y Lenin —es invierno— le da el cálido abrigo que le había enviado su madre el otoño anterior.

Sus gustos son muy "de familia". Cuando, tras el exilio en Siberia, Nadia se dispone a reunirse con él en Occidente, Vladimir Ilich le recomienda que no olvide "el álbum" sobre todo, el álbum de fotografías

donde figuran todos los suyos, los vivos y los muertos. Hace ya muchos años que llegó a la edad adulta; sin embargo, todavía encabeza las cartas a su madre con estas palabras: "Querida mamá". La madre muere en 1916. El mismo día en que llega a Petrogrado —¡por fin!, ¡por fin!—, en abril de 1917, en un estado de extrema tensión (¡ha de hacer tantas cosas, tan importantes y urgentes; no hay un solo minuto que perder!), se traslada, por la tarde, al cementerio para visitar la tumba sagrada.

No hay en él la mínima sombra de bohemia. Es la suya una existencia metódica, ordenada, dentro de la obsesión implacable de la lucha que ha de conducir. Detesta los cafés, las palabras huecas, la vergonzosa verborrea. Siempre vivió como un pobre. "El gusto por lo superfluo es el comienzo de la corrupción". En el Kremlin, ya todopoderoso, se instalará, sin embargo, en tres pequeños aposentos, en el piso dedicado al servicio, y Nadia y él comerán en la cocina con el ama de llaves. Nadia acudirá diariamente a su trabajo, mañana y tarde. Bertrand Russell escribirá, tras una visita a Moscú: "Nunca he visto a nadie tan poco dispuesto a darse importancia"; el poder no le echará a perder lo más mínimo.

Lenin no adopta ningún rol, no incorpora a ningún personaje, como han hecho antes que él otros, desde Napoleón hasta Hitler, desde Garibaldi hasta De Gaulle. Totalmente desnudas de énfasis, sus arengas carecen también de arrebatos líricos; un análisis concreto de las circunstancias, una serie de consignas, siempre explicadas y justificadas, es todo: "Sus palabras brillaban en el aire con el frío destello de las virutas de metal" (Gorki). Sus ojos parpadean incesantemente "como los de un gato al sol". Algunos interlocutores observaron que, a veces, cuando los escuchaba, cerraba un ojo. ¿Suspiciosa irónica? ¿Gesto burlón de alguien que no es tonto? Se olvida con demasiada frecuencia que a partir de 1920, Lenin sufre constantes jaquecas.

Personalmente concedo mucho valor a esa foto de identidad que se hizo en julio de 1917, cuando Kerensky dictó contra él una orden de busca y captura, y Lenin cruzó la frontera con Finlandia, disfrazado de mendigo, en una locomotora. Lleva peluca y se ha afeitado ya la barba y el bigote. Bajo la gorra, un poco echada hacia atrás y con la visera ligeramente curva, el rostro, desnudo, ofrece un aspecto revelador; no tiene ninguno de los rasgos de un intelectual, ni nada de eso que se llama "distinción"; el conjunto tiene bastante de rudo, de plebeyo, refleja una fuerza relajada, tranquila; la impresión que comunica es la de un mozo robusto y nada tonto, un muchachote honesto y

LENIN Y LAS ESTRELLAS

limpio al que uno le estrecharía gustosamente la mano.

Poco después de los funerales de Lenin, Nadia escribió a los responsables del partido una carta que publicó el "Pravda" del 30 de enero de 1924: "Tengo que hacerlos un gran ruego. No permitáis que vuestro homenaje a Ilich tome la forma de una adoración por su persona. No construyáis monumentos, no organicéis ceremonias conmemorativas (...). Cuando vivía, apenas concedía importancia a esas cosas: ¡todo era tan vano a sus ojos!". Más vano todavía resultó el ruego de Krupskaya.

Hagamos abstracción de los reproches que dirigen algunos a Lenin por sus contradicciones... Habla en un sentido, y a continuación en otro; anuncia cambios que no se producen. Estas cosas no nos enseñan nada de lo que yo trato de entrever: el hombre que se esconde bajo el combatiente. Toda cita de Lenin relativa a su programa debe acompañarse de una fecha precisa. Su fin es invariable; modifica y a veces cambia totalmente los métodos con que se propone conseguir ese fin, según el momento y las posibilidades de acción.

Declara, pragmático: "Sustituir lo concreto por lo abstracto es uno de los grandes pecados en época de revolución". Conviene retener también esta confesión leal, que data de diciembre de 1919: "Lo que hemos construido no es todavía, no podía ser, el socialismo. ¡Quiera Dios que lo conozcan nuestros hijos o nuestros nietos!". Y unos meses antes de morir, considerará sin demasiada satisfacción ni alegría el estado de la URSS: ¿dónde están los comunistas tal y como él los quería? ¡Hay tantos mentirosos e ignorantes! El presente es "triste, tan triste, por no decir que horrible".

Hay una etapa de su empresa, cuando Lenin se hizo con el poder, que hemos de encarar: Lenin y el terror. Es preciso constatar que cuando falleció Lenin existían ya en la URSS más de cincuenta campos de concentración para prisioneros políticos. Ese instrumento de coacción violenta del que Stalin hizo un uso tan atroz, fue en realidad legado de Lenin. Es fácil oponer las manos puras de un Jaurès o una Rosa Luxemburgo a las manos sangrientas de Lenin; pero ni Jaurès ni Rosa Luxemburgo conocieron las responsabilidades concretas, inmediatas, dramáticas que fueron suyas.

"Consolidar lo ganado" era para Lenin lo importante, el primer deber, salvar la conquista revolucionaria, impedir por todos los medios que se perdiera el terreno ganado. Dos textos explícitos, debidos a su pluma: "Quienes esperan una revolución limpia, esperan en vano; las revoluciones sólo son limpias de palabra"; "nos vemos obligados a

aferrarnos al suelo con uñas y dientes, a arrastrarnos en el barro".

Gorki, reservado hasta entonces, e incluso directamente hostil (¿dónde está la libertad?, se preguntaba, ¿dónde la democracia?), apoya a Lenin en el momento en que se inaugura el terror. Nunca olvidará esa velada en que escucharon juntos, Lenin y él, a Beethoven. La música casa, y Lenin se lanza a hablar en un tono dolorosamente colérico: son fatales para él esos momentos; no debería tolerarlos; la música se apodera de él, arroja sobre él una especie de maleficio, con su insidiosa invitación a la dulzura, a la bondad: "Uno quisiera abrazar a todo el mundo; sin embargo, hay que machacar cabezas, hay que machacar y seguir machacando". Y

tuvieron hijos. Lo único que sabemos es que, en Chuchenskoye, en su exilio siberiano, Uliánov pedía libros a su madre para los niños de la aldea; libros que él se dedicaba a explicarles; que en Cracovia, en 1912, el pequeño Stepa, hijo de Zinoviev, era amigo suyo; que en Berna, en 1915, era recibido con gran júbilo cada vez que llegaba con los hijos de ese camarada del partido al que visitaba con frecuencia.

Testimonio de Gorki: le gustaba acariciar a los niños, acariciarles el pelo, a las mejillas, "como con precaución, con gestos ligeros, atentos". En dos fotografías de Lenin tomadas durante el verano de 1922, cuando trata de restablecerse a cierta distancia de Moscú, su

lejos. Pero la política los había separado.

Llega el verano de 1918, y los disparos de Fanny Kaplan. Lenin recibió dos balas. Gorki acudió a verle inmediatamente. Lo que ahora piensa de él, lo expresará de un tirón, una vez muerto Lenin, en el hermoso texto que conocemos. El "dictador" del Kremlin, antes de caer enfermo, iba con frecuencia los domingos a pasear con Nadia por el campo. Caminantes anónimos, a veces se quedaban a dormir en una granja, en medio del heno, después de haber comido tocino y bebido leche, comprados a los campesinos por unos pocos kopeks. Así varias veces fueron a buscar alojamiento en la casa de un mismo granjero, que terminó di-



Lenin, muerto. Señalada con un "uno" aparece su viuda, Krupskaya.

este lamento: "¡Qué duro, qué infernalmente duro este oficio!".

¿Por qué han de ser así las cosas, por qué el progreso humano sólo puede realizarse mediante el horror? Bertrand Russell, nada sospechoso de sanguinario, lejos de acusar de crueldad a Lenin, ha resumido en una frase la opinión que le merecía: "Entregó su vida al bien común". Exacto, rigurosamente exacto. Tampoco Robespierre era un monstruo. Raza austera, temible y noble, la de los "injustos soldados de la justicia".

Otros datos, dispersos, que contribuyen al conocimiento de la personalidad de Lenin. Lenin y los niños: sí, los niños, justamente. Siempre son indicativas las relaciones de una persona con los niños: el hecho de que éstos se interesen o no por él; que se diviertan en su compañía. Ignoramos por qué la pareja formada por Ilich y Nadia no

sobrino, el pequeño Victor, aparece a su vera. Diciembre de 1923; faltan pocos días para su muerte; está paralítico, afásico; le estalla la cabeza. Sin embargo, el 24, Lenin hace colocar en una de las habitaciones de la casa un pequeño abeto de Navidad decorado, para recreo de los niños.

Era imposible vivir en su compañía sin quererle. No digamos ya de su madre, de Nadia, que le adoraba. Sus dos hermanas, Anna y María, le hicieron siempre objeto de una devoción sin límites, su cuñado Elizarov le veneraba. El caso de Gorki es elocuente; Lenin, al que no conocía directamente y sólo a través de sus escritos, le había dejado siempre helado, pero, luego en Capri, donde Lenin pasó algunos días en casa del escritor, todavía la época de la clandestinidad, Gorki descubrió a un hombre distinto de como se lo había imaginado desde

ciéndoles un día: "Parece que hoy gobierna un tal Lenin. Si fuera como usted, todo iría mucho mejor".

No soportaba el antisemitismo; lo odiaba. "El mínimo matiz de antisemitismo manifestado por un grupo o un individuo demuestra la naturaleza reaccionaria de este individuo o este grupo".

En cuestiones de estética no existe vanguardia. Mayokovski le resulta la mayor parte del tiempo insoportable, "absurdo, pretencioso", y "tonto"; y si durante cierto tiempo deja que Bogdanov y su "Proletkult" animen a los no figurativos, sin condenar de modo expreso este esfuerzo, acaba ahogando esa tendencia por inanición. (Aunque dirá de paso: "No convertíais nunca mis humores ni mis juicios estéticos en dogmas", condenando así a priori todo "realismo socialista".) Queda la cuestión de su "flo-

sofía". Marcel Cachin le celebraba como un "gigante del pensamiento". Camús, por el contrario, le considera mediocre. Sartre y Merleau-Ponty son igualmente severos, y, en "Las aventuras de la dialéctica", la filosofía de Lenin es calificada de "más que sumaria".

He leído, línea a línea, "Materialismo y Empiriocriticismo", tediosa tarea que le deja a uno un tanto consternado. Se trata de un pensamiento anticuado, elemental, curiosamente "pre-crítico". Lenin sigue siendo, en el siglo XX, prisionero de un materialismo mecanicista que la ciencia, incluso la de su tiempo, hacía inhabitable. Se obstina en tomar la sensación por un perfecto "clisé" de lo real y se representa el conocimiento científico como ajustado, sin hiatos, al conocimiento vulgar, mientras que los descubrimientos contemporáneos nacieron precisamente de la crítica de nuestras evidencias familiares.

Sin duda, sus "Cuadernos filosóficos", salidos de las investigaciones que compensaban la impotencia casi total a la que condenaba la guerra su acción militante, sin duda estas páginas contienen, por lo que se refiere a la sensación, como el inicio de una concepción menos simplista, y ocurre que Lenin encuentra a veces un "idealismo inteligente" superior a un "materialismo obtuso". Sin embargo, Althusser tiene razón: para Lenin, "la filosofía carece propiamente de objeto". El hombre tal y como lo ve, con un pensamiento epifenoménico, producción del cerebro, el hombre no merece examinarse más que en su organización corporal; Lenin estuvo además siempre al margen de la evolución de la biología.

La "metafísica" es rechazada por él, y las doctrinas no le interesan más que por su posible aplicación en lo único que de verdad le interesa: la lucha social, la emancipación de los explotados. El cristianismo es por ello odioso. No sólo es, a sus ojos, un oscurantismo, un infantilismo, un magma de leyendas, quimeras y nubes, sino que la "resignación" que predica lo convierte en un obstáculo que hay que derribar en el camino de la revolución. Lenin dicta al comunismo una actitud de agresión permanente y liberadora respecto a toda fe religiosa. Un artículo que publica en la joven revista titulada "Bajo el estandarte del marxismo" reclama un "ateísmo militante"; es preciso, escribe Lenin, "llevar a cabo una propaganda y una lucha atea incansables", y aconseja la máxima difusión posible de los panfletos anticristianos del siglo XVIII.

El Estado totalitario de Lenin es un Estado "confesional". La creencia debe ser extirpada, eliminada. El zarismo era flexible: sus funcionarios, los mismos profesores, podían ser ateos. Bajo Lenin no hay lugar para los creyentes, ni en la administración, ni aún menos en la enseñanza. Por lo que se refiere a la fe, Lenin es una roca de intolerancia. Y que no vengan luego clertos hipócritas conciliadores a hablarnos,

como Arthur Drews, de un cristianismo interior, depurado, vivo; Lenin ve venir a esos artificiosos que sólo tratan de sustituir los "viejos y podridos prejuicios" por "prejuicios nuevos, todavía más repugnantes e infames".

A pesar de su inmenso, de su prodigioso talento, Tolstói, que ha descrito como nadie la condición de los miserables, Tolstói se alica a perder su obra por su desastrosa, su ridícula "metafísica"; un gran espíritu "embrutecido por la beatería"; denunciaba a los pobres "que son en realidad incrédulos"; quería pobres "que creyesen". "Sería todavía peor", dice Lenin.

La naturaleza del hombre escapa a Lenin. Este le amputa su identidad. Pienso, como Jean-Jacques Rousseau, como Pascal, que "nuestro yo auténtico no está enteramente dentro de nosotros", que la realidad del hombre, su realidad sustancial consiste en estar abocado al Infinito, es ser partícipe del Infinito. Frente al féretro de Elizarov, su cuñado, los rasgos de Lenin, que se inclina sobre la tumba, manifiestan el dolor de vivir bajo el peso de un destino sin sentido. Permitásemme, para acabar, citar dos textos. El primero es de Jaurès. Se trata de su adiós a Tolstói, el 10 de febrero de 1911: "Le debemos una singular gratitud (...) Es tal el riesgo que corremos de olvidar, de no ver más el misterio de la existencia. Cuántas veces he observado, en París, que es casi imposible percibir las estrellas por cuanto la luz cegadora y brutal de abajo vela la claridad superior. Los patronos están obsesionados por su empresa y sus beneficios; los trabajadores, hundidos en el desorden económico, sólo aciertan a lanzar gritos reivindicativos; y nosotros, los políticos (...), nosotros también corremos el peligro, a cada instante, de olvidar que, ante todo, vivimos nuestra condición de hombres en el seno de un universo desmesurado. Tolstói nos recuerda quién somos. Nos ayuda a levantar la vista hacia ese cielo lleno de constelaciones y a encontrar el sentido de la vida.

Y he aquí, por fin, un párrafo de Alejandra Kollontai. Cuenta que una tarde del invierno de 1917-1918 (por aquel entonces ella formaba parte de los comisarios del Pueblo), llegó con demasada anticipación a la sala donde debía tener lugar la reunión. Todo estaba negro, salvo la ventana que daba al cielo estrellado. Allí reconoció la silueta de Lenin, solo e inmóvil, asomado a la ventana. Al oír sus pasos, Lenin se volvió ligeramente. La claridad vaga de la noche hizo que el rostro apareciera extrañamente pálido, y entonces, dice la Kollontai, en un tono "extraño, indefinible", como en un sueño, Lenin pronunció estas dos palabras: "Las estrellas..."; dejando interrumpida la frase. Pasaron algunos segundos de silencio. Luego encendió la luz: "¡Al trabajo!". ■ H. G.

© "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO.

Alianza Universidad

200

Títulos publicados

200

C. U. M. Smith

El problema de la vida

(Ensayo sobre los orígenes del pensamiento biológico)

650 ptas.

199

José Varela Ortega

Los amigos políticos

Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)

590 ptas.

198

Ramón Tamames

Ecología y desarrollo

La polémica sobre los límites al crecimiento

320 ptas.

197

Geoffrey Leech

Semántica

196

Manuel García-Pelayo

Las transformaciones del Estado contemporáneo

300 ptas.

195

Daniel Bell

Las contradicciones culturales del capitalismo

425 ptas.

194

Alexander Mitscherlich

Tesis sobre la ciudad del futuro

200 ptas.

193

Henry Kamen

El Siglo de Hierro

Cambio social en Europa, 1550-1660

800 ptas.

191

Stephen Toulmin

La comprensión humana

I. El uso colectivo y la evolución de los conceptos

800 ptas.

Solicite catálogo a

C/. Milán, 38. Madrid-33

C/. Mariano Cubi, 92. Barcelona-21

Alianza Editorial